

## CAPÍTULO V

Rápida ojeada sobre las construcciones mayas.—Montículos.—Edificios construidos sobre ellos.—Puertas, bóvedas, paredes, ornamentación.—Usos á que estuvieron destinados.—Calzadas.—Aguadas artificiales.—Antigüedad de las ciudades de la Península.—Quiénes fueron sus constructores.—Diversidad de opiniones sobre ambas materias.

Antes de referir los pocos sucesos que conocemos de nuestra antigua historia, nos parece necesario arrojar una mirada sobre el escenario en que van á desarrollarse. Nos limitaremos á presentar un simple bosquejo, no porque las ruinas de que está sembrado el país no merezcan un profundo y detenido examen, sino porque nos impiden hacerlo las pocas nociones que tenemos de Arqueología y los límites que hemos impuesto á nuestro libro. El lector que desee un estudio más extenso sobre la materia que forma el objeto de este capítulo, puede consultar á Stephens, el arqueólogo más inteligente sin duda que haya visitado hasta aquí la Península.

Hay un punto de vista bajo el cual Yucatán no tiene comparación con ningún pueblo del mundo: el excesivo número de poblaciones, con cuyos vestigios tropieza á cada instante el viajero, en la reducida extensión de su suelo. A cada paso que da, ve descollar entre la selva la cima de una colina artificial, cubierta de vegetación, y que antiguamente sostuvo sin duda el templo de un dios ó el palacio de un rey. Si como otros países de América, observa Landa, han cobrado fama por sus ruinas, hubiese alguno que la debiese cobrar por su arquitectura, ninguno sería más

digno de ella que Yucatán, por el número, la belleza y la solidez de sus edificios (1). «En nuestro irregular y tortuoso camino, dice Stephens, hemos descubierto los vacilantes restos de cuarenta y cuatro ciudades antiguas, la mayor parte de ellas separadas á corta distancia, y sin ninguna comunicación actual, á causa de los grandes cambios que se han obrado en el país» (2). En cuanto al abate Brasseur de Bourbourg, que profesa á las antigüedades de Yucatán una admiración sin límites, opina que todos los viajeros, incluso el mismo Stephens, no han descrito ni la milésima parte de nuestras ruinas, y cree que una investigación escrupulosa, practicada por arqueólogos competentes, reuniría el material suficiente para llenar todos los museos de América y de Europa (3).

El carácter dominante de las construcciones mayas es que todas descansan sobre una elevación artificial, que presenta en lo general la figura de una pirámide ó de un cono. Si en la actualidad no siempre aparece perfecta esta forma, acaso se deba menos á la impericia del artífice que á la destrucción obrada por el transcurso de los siglos. Casi todos estos *mules* ó *kúes*, como se les llama en el idioma antiguo del país, son de proporciones colosales. Muchos descansan sobre una base de quinientos pies en cuadro, y el de *Dilam*, que pasa por uno de los mayores de la Península, tiene más de cuatrocientos de largo por cincuenta de elevación, según el cálculo de Stephens. La construcción está hecha sencillamente de piedras y tierra, y acaso en la antigüedad todos soportaban hasta la cima grandes escalinatas, que en su mayor parte han desaparecido.

La pirámide ó el cono están siempre truncados en su vértice, para dar asiento á un edificio más ó menos vasto,

(1) LANDA, *Relación* citada, § XLII.

(2) STEPHENS, *Viaje á Yucatán*, tomo II, capítulo XXIV.

(3) *Archivos de la Comisión científica de México*, tomo I, página 458.

más ó menos grandioso, según era probablemente el objeto á que estaba destinado. Las paredes tienen en lo general un espesor extraordinario; muchas están revestidas en el exterior de piedra labrada, y algunas presentan una rica profusión de adornos, esculpidos en bajo relieve sobre alguna de sus caras. Bustos y cabezas humanas, figuras de animales y geroglíficos que nadie ha podido descifrar, constituyen en lo general estos adornos. El primor de la ornamentación suele desplegarse en anchas y elevadas cornisas, y el espectador no sabe qué admirar más en el artista, si el prodigioso número de pequeñas piezas con que compuso su obra, ó la belleza y la naturalidad de las escenas que representa.

Se entra al edificio por puertas ordinariamente bajas, aunque hay algunas de muy bellas proporciones. Los dinteles son generalmente de madera, y muchos de ellos están tan ricamente esculpidos, que á pesar de la destrucción obrada por el tiempo, todavía causan la admiración de cuantos tienen la oportunidad de examinarlos. He aquí cómo se expresa Stephens de uno que encontró en las ruinas de Kabah: «Aunque originariamente no se componía sino de dos, ahora consta de tres piezas este dintel, pues una de las vigas se había rajado por el medio..... La parte superior de la cara exterior estaba carcomida..... El diseño representa una figura humana en pie sobre una serpiente. Tiene la cara borrada y gastada; el tocado de la cabeza lo forma un plumaje, y el carácter general de la figura y adornos es el mismo que el de las figuras que se encuentran en las paredes del Palenque..... Sus perfiles claros y distintos, y todo el grabado, caso que se sujetara á un examen, sin referencia al pueblo que lo ejecutara, se consideraría como una muestra de la inteligencia y adelantos en el arte de grabar en madera» (4).

(4) *Viaje á Yucatán*, tomo I, capítulo XVII.

El interior del edificio es generalmente sombrío, á causa de la falta de ventanas que den paso á la luz. El techo está formado por esa bóveda característica y original de las construcciones americanas. Las dos paredes que la sostienen comienzan á inclinarse desde cierta altura, como para juntarse; pero antes de formar el ápice, dejan, poco más ó menos, el espacio de un pie cubierto de una capa espesa de piedras. Este género de construcción no permitió al arquitecto dar bastante anchura á las piezas; pero muchas tienen en cambio una longitud desmesurada. Todos estos detalles, incluso el de la oscuridad, estaban quizá hábilmente calculados para las escenas sombrías y misteriosas que se representaban entre sus muros.

El todo del edificio suele contener varios departamentos, en cuyo centro se encuentra un ancho y extenso patio, no menos adornado que el exterior. Figura alguna vez entre las esculturas una serpiente colosal, imagen de Kukulcán, que da una vuelta entera al patio hasta juntar la cabeza con la cola. También se encontraban en otro tiempo estatuas de piedra ó de barro, que representaban sin duda á los dioses del país ó á los héroes que se habían inmortalizado con sus hazañas. Pero la mayor parte de estos objetos han desaparecido; porque los indios los destruyen cuando pueden, á causa de que, según dicen, las figuras se animan durante la noche y van á las poblaciones vecinas á interrumpir el sueño de sus habitantes.

Casi todas las construcciones mayas están marcadas con una señal que estremece generalmente al que la mira. Es la impresión de una mano roja, estampada en la pared, con los dedos abiertos y extendidos. Los indios dicen que es la mano del genio ó señor (*yum*) de los edificios, que desde las regiones invisibles vela por su propiedad. Stephens asegura que la mano roja es un signo usado todavía entre varias tribus norteamericanas, y agrega que «dicho vestigio se ve constantemente sobre los vestidos de búfalo

y otras pieles de animales salvajes, traídos por los cazadores de las montañas Rocallosas» (5).

Cualquiera que sea la impresión que domine al observador mientras vaga entre estas ruinas, desde el momento en que desciende al llano y puede convertir sus ojos al edificio que acaba de abandonar, su elevación sobre la colina, sus muros plagados de adornos y los árboles seculares que han arraigado entre sus escombros sin lograr su destrucción total, le hacen rendir un homenaje de admiración al pueblo gigante que levantó tan soberbias construcciones. Si al lado de ellas contempla las de la raza conquistadora, como sucede en Izamal, ¡cuán pequeña y raquítica le parece esta, á pesar de su civilización! Si, como sucede con casi todas las demás, las contempla en medio de la selva, lejos de todo ruido humano que distraiga su atención, la imaginación se convierte involuntariamente á las escenas sangrientas que debieron preceder á su abandono, y un sentimiento de profunda melancolía oprime el corazón.

Fuera de las ciudades mayas, y en el corto espacio que las separaba entre sí, había otras construcciones de distinto género, no menos notables que las que acabamos de mencionar. Todas las poblaciones que tenían alguna importancia política ó religiosa, estaban unidas por medio de grandes calzadas, levantadas generalmente á un metro de altura sobre el nivel del llano. Estaban hechas de piedra y de una fuerte mezcla ó argamasa, cuyo secreto se supone perdido en el país (6). La anchura de estas vías tenía diversas dimensiones: la que iba de Nohpat á Uxmal era de catorce pies, según el testimonio de un escritor anónimo que la reconoció (7); y Brasseur supone que tenía poco

(5) *Viaje á Yucatán*, tomo II, capítulo II.

(6) BRASSEUR DE BOURBOURG, *Archivos de la Comisión científica de México*, tomo II, página 47.

(7) *Registro Yucateco*, tomo II, página 258.

mas ó menos de doce metros la que unía á T-hó con Itzmal. Cree también el abate que la calzada tenía una convexidad ligera y que los lados estaban protegidos por canales y banquetas (8), lo mismo que las calles de una ciudad. El viajero podía tener la seguridad de no morir de sed durante su marcha, porque á poca distancia de la vía se habían construido de trecho en trecho aljibes ó cisternas (9).

Si los templos de los mayas, sus palacios y sus vías de comunicación, están excitando y excitarán todavía la admiración de la posteridad, no son menos dignas de este sentimiento las construcciones que emprendieron para proveerse de agua en las áridas regiones que habitaban. La falta de este elemento tan indispensable á la vida, en algunos parajes donde la Naturaleza no había colocado siquiera un *cenote*, sugirió á los antiguos habitantes del país la idea de construir receptáculos inmensos para recoger las aguas del cielo en la estación de las lluvias. Escogíase para la construcción, allí donde el terreno lo permitía, uno de esos valles ligeros, casi imperceptibles al primer golpe de vista, formados por las ondulaciones del terreno. Donde la superficie era del todo plana, solía formarse artificialmente el valle. En el centro de esta depresión construíase un estanque ancho y profundo, cuyas dimensiones variaban según el poder y la necesidad de sus constructores. A fin de impedir las infiltraciones del agua, cubrían el fondo con grandes piedras labradas, adheridas entre sí por medio de un barro rojo y oscuro, y colocadas la una sobre la otra.

No terminaba aquí la construcción, porque en el centro de este fondo y hacia las márgenes se abrían pozos y cisternas ó casimbas en el mayor número posible (10). In-

(8) BRASSEUR DE BOURBOURG, lugar citado.

(9) *Registro Yucateco*, tomo II, página 272.

(10) Véase en el *Viaje á Yucatán*, de STEPHENS, la descripción de la

mensa era la cantidad de agua que durante las lluvias recogían estos depósitos, pues no sólo se aprovechaba la que caía sobre el mismo estanque, sino hasta la que venía de las pendientes que formaban el valle. No una, sino hasta varias poblaciones, dependían á veces de una sola *aguada*, con cuyo nombre son conocidas hoy en el país estas construcciones. Cuando la estación de la seca se prolongaba mucho, el contenido del recipiente principal solía agotarse; pero entonces quedaba el agua de los pozos y de las cisternas para el consuelo de la ciudad, que allí apagaba su sed.

No debe deducirse de esta descripción que todas las *aguadas* del país sean artificiales. Varias de ellas son obra de la Naturaleza, y el agua inagotable que contienen probablemente reconoce el mismo origen que la de los cenotes.

El lector que no tenga propensiones de anticuario, apenas podrá formarse una idea de la multitud de opiniones y conjeturas á que han dado margen las ruinas de la Península. Su objeto, su antigüedad y sus autores han promovido largas y acaloradas polémicas, de que apenas podremos dar una idea en nuestra historia.

Comencemos por los montículos. ¿Cuál fué el pueblo gigante que levantó esas moles inmensas, sembradas con tanta profusión en la superficie de la Península? El barón Fridrichshal observa que la inmensa mayoría de la población maya debía componerse de esclavos, cuyos brazos se emplearon sin duda en estas construcciones; porque de lo contrario, sólo el salario de los obreros hubiera bastado para consumir las rentas del Imperio más floreciente (11). Esta-

aguada de Nohyaxché, que mandó limpiar el Sr. D. Leonardo Trejo. El abate BRASSEUR (*Archivos de la Comisión científica*, tomo II, página 260) describe unas aguadas de Uxmal, en tales términos, que parece haber copiado la relación del viajero americano hasta en sus menores detalles.

(11) Carta dirigida á D. Justo Sierra en 21 de abril de 1841.

mos conformes con la observación, que por otra parte está de acuerdo con lo poco que conocemos del derecho público de aquel pueblo. ¿Pero con qué objeto construyó los montículos? ¿Sería con la simple idea de dar á sus edificios un aspecto imponente y majestuoso? Si es cierto que Yucatán fué alguna vez inundado por el mar, como parece demostrarlo la tradición del *Hunyecil*, ¿desearía ponerse al abrigo de nuevas inundaciones? Las ceremonias del culto y los actos de la vida pública, ¿exigirían que el sacerdote ó el príncipe estuviesen en un lugar elevado, á la vista del pueblo reunido? ¿Se habría tenido, en fin, el pensamiento de hacer de cada templo y de cada palacio una fortaleza contra las conmociones populares ó contra las agresiones del exterior?

No hay en nuestra historia datos que nos autoricen á formular una opinión precisa sobre el particular. El abate Brasseur supone que la idea primitiva de los cerros artificiales fué sugerida á los americanos por la forma en que se levantaron las montañas, á impulso de la potencia volcánica, en los días de cataclismo (12). Cogolludo se inclina á creer que estas construcciones eran ordenadas por el demonio, con el objeto de gozarse en el excesivo trabajo que costaban á los pobres indios, que lo adoraban (13).

En cuanto á los edificios construídos sobre los terraplenes, se ha suscitado también una discusión sobre el objeto á que pudieron estar destinados. Stephens cree que pudieron servir de habitaciones á la raza que los construyó. Don Justo Sierra, uno de nuestros compatriotas que más se han ocupado de la historia del país, opina que sólo estuvieron destinados al culto y á los asuntos públicos; pero que jamás estuvieron habitados por el hombre (14). Fúndase en que no

(12) *Manuscrito Troano*, tomo I, página 213.

(13) *Historia de Yucatán*, libro V, capítulo V.

(14) *Viaje á Yucatán*, por STEPHENS, con notas de D. JUSTO SIERRA.—Las opiniones del autor y del anotador pueden verse en muchos pasajes de la obra.